

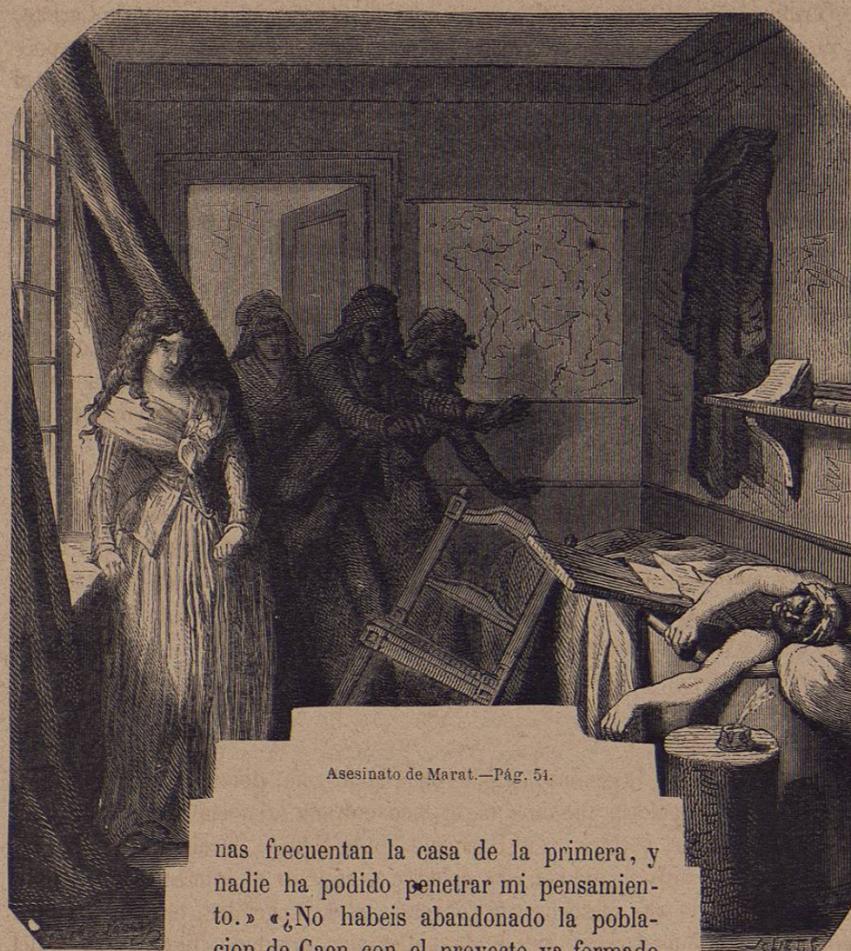
Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure ordenaron que fuese transportada á la Abadía, prisionera la más inmediata á la casa de Marat. Mandóse acercar el mismo carruaje de alquiler que la había conducido. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos. Su sordo rumor, interrumpido por vociferaciones y accesos de furor, anunciaba la venganza y hacía la traslación difícil. Los destacamentos de fusileros sucesivamente llegados, la banda de los comisarios y el respeto hácia los miembros de la Convención, contrarrestaron y contuvieron la multitud. El cortejo se abrió paso á duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la cogian por los codos, salvó el umbral de la casa para ganar el estribo del carruaje, el pueblo se arremolinó alrededor de las ruedas con amenazas y aullidos tales, que creyendo Carlota sentir sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al volver en sí, se admiró y afligió de respirar aún. Aquella muerte era la que se había imaginado. Sobre su suplicio la había arrojado la naturaleza el velo del desmayo. Sufria por no haber desaparecido enteramente la tempestad que había originado, sintiendo tener que entregar su nombre á la tierra ántes que á la otra muerte; mas á pesar de todo, daba gracias con emocion á los que la habían protegido contra las mutilaciones de la multitud.

X

Chabot, Drouet y Legendre la siguieron á la Abadía, donde le hicieron sufrir un segundo interrogatorio que duró hasta bien entrada la noche. Algunos individuos de los comités, y entre otros Harmand (de la Meuse), atraídos por la curiosidad, se habían introducido con sus colegas, y asistían al interrogatorio, á menudo interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria, y celoso de haber sido reputado digno también del martirio de los patriotas, creyó ó fingió creer que reconocía en Carlota una jóven que había ido á su casa la víspera, bajo el traje de religiosa, y que él había rechazado. «El ciudadano Legendre se engaña,—dijo Carlota con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado;—jamás le he visto. No creo tan importante para la salvación de la república la vida ó la muerte de semejante sujeto.»

La registraron. Encontróse sólo en este momento en sus bolsillos la llave de su baul, su dedal de plata, un ovillo de hilo y otros instrumentos propios de las labores de aguja, tan cerca no há mucho del puñal de Bruto; doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro construido por un relojero de Caen, y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba aún el estuche del cuchillo con que había herido á Marat. «¿Reconocéis este cuchillo?»—le preguntaron. «Sí.» «¿Qué os ha inducido á tal crimen?» «He visto—contestó—la guerra civil pronta á destrozarse á Francia, y convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades de mi patria, he hecho el sacrificio de mi vida por la suya para salvar á mi país.» «Nombradnos los sujetos que os han aconsejado ese execrable crimen, que no podíais concebir sola.» «Nadie ha conocido mi intento. He engañado respecto al objeto de mi viaje á la tía con quien vivía, he engañado á mi padre. Pocas perso-



Asesinato de Marat.—Pág. 54.

nas frecuentan la casa de la primera, y nadie ha podido penetrar mi pensamiento.» «¿No habeis abandonado la población de Caen con el proyecto ya formado de asesinar á Marat?» «Tal fué el móvil de mi venida.» «¿Adónde habeis ido á buscar el arma? ¿Qué personas habeis visitado en Paris? ¿Qué habeis hecho desde el juéves, día en que llegásteis aquí?» A estas preguntas relató con literal sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en Paris y de su acción. «Después del asesinato, ¿no habeis procurado huir?» «Me hubiese evadido por la puerta, á no impedírmelo.» «Sois soltera. ¿Habeis tal vez amado á algun hombre?» «Jamás.»

Estas respuestas exactas, altivas, y de vez en cuándo desdeñosas, soltadas con una voz cuyo timbre recordaba la infancia anunciando viriles pensamientos, hicieron reflexionar muchas veces á los demandantes sobre el poder de un fanatismo que se apoderaba y que vigorizaba un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras este candor y tras esta belleza, pero tan sólo entrevieron la magnanimidad de un corazón intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot se mostraba descontento, y su mirada devoraba los cabellos, la cara, el talle, el todo de la jóven que se hallaba atada ante sí. Creyó entrever un plegado papel sujeto á su seno por un alfiler. Al momento alargó el brazo para apoderarse de lo que creía cuerpo del delito. Carlota

había olvidado aquel papel que veía Chabot, y que era una proclama á los franceses, redactada por ella misma, invitando á los ciudadanos á derrocar la tiranía y á la concordia. Creyó que el gesto, junto con lo que expresaban los ojos de Chabot, era un ultraje á su pudor. Impedida por las ligaduras, no pudo oponer sus manos. Sintió tal horror é indignacion, que hizo hácia atras un movimiento tan convulsivo del cuerpo y hombros, que se rompió el cordon de su vestido, separándose éste y dejando descubierto su seno. Confusa, y tan rápida como el pensamiento, se bajó y acurrucó para ocultar la desnudez á sus jueces; pero era muy tarde ya, y su castidad debia ruborizarse de la mirada de los hombres.

El patriotismo no hacia á estos hombres ni cínicos ni insensibles: pareció que sufrían tanto como Carlota Corday en este involuntario sacrificio de su inocencia. La jóven suplicó que le desatasen las manos para arreglarse el vestido; súplica que fué escuchada y admitida. El respeto á la naturaleza cerró los ojos de los hombres que tal escena presenciaban. Libres ya las manos de Carlota, la jóven, de cara á la pared, se arregló el vestido y pañoleta. Los jueces aprovecharon esta holgura para que firmase sus declaraciones. Las cuerdas habian dejado en sus brazos señales amoratadas. Cuando quisieron atarla de nuevo, rogó á los carceleros que le permitiesen ponerse guantes, para que se rebajasen aquellas señales, y le evitasen este tormento hasta el último suplicio, que bien luégo iba á sufrir. Tales eran el acento y gesto de la pobre jóven, que Harmand vertió algunas lágrimas y se alejó para ocultarlas.

Hé aquí los principales y textuales párrafos de la proclama á los franceses, documento hasta hoy oculto á las investigaciones de la historia, y que ya empezada esta obra nos ha suministrado el sujeto que lo posee, Mr. Paillet. Está escrita por la misma Carlota, con una letra grande, varonil, firme y muy señalada, como á propósito para atraer de léjos las miradas. La hoja de papel se halla plegada en octavo, para ocupar ménos espacio debajo de sus vestidos. Distintamente se ven ocho agujeros, hechos por el alfiler con que Carlota prendió el papel junto á su pecho.

PROCLAMA Á LOS FRANCESES AMIGOS DE LAS LEYES Y DE LA PAZ.

«¿Hasta cuándo, desgraciados franceses, os halagarán los trastornos y las disensiones? Harto tiempo ha que facciosos y malvados han pospuesto el interes general al interes de su ambicion. ¿Por qué, víctimas de su furor, os destrozais vosotros mismos, para fundar el deseo de su tiranía sobre las ruinas de Francia?»

»Por doquiera estallan las facciones; la Montaña triunfa por el crimen y por la opresion, y algunos monstruos sedientos de nuestra sangre dirigen sus detestables complots... Trabajamos por nuestra propia perdicion, con más celo y más energía que si se tratase de conquistar la libertad. Franceses, permaneced impasibles un momento más, y á la posteridad se legará tan sólo el recuerdo de vuestra existencia.

»Ya los departamentos indignados se dirigen á Paris; el fuego de la discordia y la guerra civil cunde ya por la mitad de este vasto imperio. Aún hay un medio para extinguirlo; pero este medio debe ser pronto. Ya el más infame de los malvados, Marat, cuyo solo nombre presenta la imágen de todos los crímenes, sucum-

biendo bajo el hierro vengador, conmueve á la Montaña y hace palidecer á Danton, Robespierre y esos otros infames sentados sobre su sangriento trono, rodeados del rayo que los dioses vengadores de la humanidad suspenden tan sólo para que su castigo sea más temible, y para intimidar á todos los que quisieran cimentar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos de que han abusado.

»Despertad, franceses; no desconoceis vuestros enemigos. ¡Marchad! Que abatida la Montaña, sólo queden hermanos, amigos. Ignoro si el cielo nos reserva un gobierno republicano, pero tan sólo en el exceso de sus venganzas puede darnos un montañés por jefe. ¡Oh Francia! La base de tu reposo es la ejecucion de las leyes; no faltó á ellas matando á Marat: condenado por el universo, está fuera de la ley. ¿Qué tribunal me juzgará? Si soy culpable, ¿lo era Alcides cuando destruía los monstruos?...

»¡Oh patria mia! Tus infortunios laceran mi corazon, y no puedo ofrecerte más que mi vida. Gracias doy al cielo porque me ha dejado la libertad de disponer de ella. A nadie le perjudicará mi muerte. No imitaré á París (el asesino de Lepelletier de Saint-Fargeau) matándome. Quiero que mi último suspiro sea útil á mis conciudadanos, que mi cabeza en Paris sea la bandera de union para todos los amigos de la ley, que la caída de la vacilante Montaña sea escrita por mi sangre, y que el universo, vengado, declare que he merecido bien de la humanidad. Por lo demas, si bajo otro prisma se mira mi conducta, su juicio no me inquieta.

Qu'à l'univers surpris cette grande action,
Soit un objet d'horreur ou d'admiration,
Mon esprit, peu jaloux de vivre en la mémoire,
Ne considère point le reproche ou la gloire.
Toujours indépendant et toujours citoyen,
Mon devoir me suffit, tout le reste n'est rien.
Allez, ne songez plus qu'à sortir d'esclavage!...

»No debe incomodarse ni á mis parientes ni á mis amigos: todos ignoraban mis proyectos. Adjunta á esta proclama va mi partida de bautismo para que se conozca cuánto puede una débil mano dirigida por ferviente entusiasmo. Si la suerte no me favorece, franceses, ya os he indicado el camino, conoceis vuestros enemigos: levantaos, marchad y herid.»

Al leer estos versos delineados por la nieta de Corneille al final de esta proclama, y colocados como un sello antiguo en una página del tiempo, se cree á la primera ojeada que son versos de su abuelo, y que en tal situacion ha invocado el patriotismo romano del gran trágico de su familia. Sin embargo, no es lo cierto: los versos son de Voltaire en la tragedia *La muerte de César*.

La autenticidad de esta proclama se comprueba por una carta de Fouquier-Tinville anexa al respaldo. El acusador público dirige esta carta al comité de seguridad general de la Convencion; los términos en que está concebida son los siguientes:

«Ciudadanos: Os remito el interrogatorio de Carlota Corday, junto con las dos cartas que escribió en la cárcel, de las cuales dirigia una á Barbaroux. Estas cartas circulan por las calles, pero tan inexactas, que tal vez fuese necesario impri-

mirlas con rigurosa exactitud. Con todo, ciudadanos, si despues de haberlas leído juzgais que no hay inconveniente en imprimirlas, me lo participareis.

»Os manifesto haberme informado que Carlota era la querida de Belzunce, coronel que murió en una revuelta en Caen; que desde aquella época concibiera un odio implacable contra Marat, que este odio pareció reanimarse en ella desde el momento que Marat delató á Biron, pariente de Belzunce, y que Barbaroux aprovechó las criminales predisposiciones de esta jóven contra Marat para instigarla á la ejecucion de este horrible asesinato.—FOUQUIER-TINVILLE.»

Se deduce de estas dudas y conjeturas que la opinion pública corria de hipótesis en hipótesis, haciendo causa del crimen, ya al amor, ya al resentimiento, y rehuendo la verdadera causa, que era el patriotismo.

Carlota Corday fué puesta en un calabozo. Vigilada durante la noche por dos gendarmes, en vano reclamó contra aquella profanacion de su sexo. El comité de seguridad general avivaba su causa y su suplicio. Desde el fondo de su prision oia á los vendedores de papeles que pregonaban el relato de su asesinato acompañado de los gritos del furor del pueblo, que deseaba mil muertes al asesino. Carlota acogia esta voz del pueblo como el juicio de la posteridad. A traves del horror que inspiraba, presentaba la apoteosis. Bajó este pensamiento escribió al comité de seguridad general lo siguiente: «Puesto que aún me restan algunos instantes de vida, ¿puedo esperar, ciudadanos, que se me permita retratarme? Quisiera dejar este recuerdo á mis amigos. Se aprecia la imágen de los buenos ciudadanos; muchas veces la curiosidad es móvil para adquirir la de los grandes criminales, con objeto de perpetuar el horror de su crimen. Si accedeis á mi súplica, que venga mañana un pintor de miniatura. Os renuevo el deseo de que se me permita dormir sola. Sin cesar oigo anunciar por las calles la prision de mi cómplice Fauchet. Hace dos años le vi por primera vez desde la ventana. Ni le amo, ni le aprecio. Es de todos los hombres al que más difícilmente hubiera confiado mi proyecto. Si esta declaracion puede favorecerle, certifico la verdad».

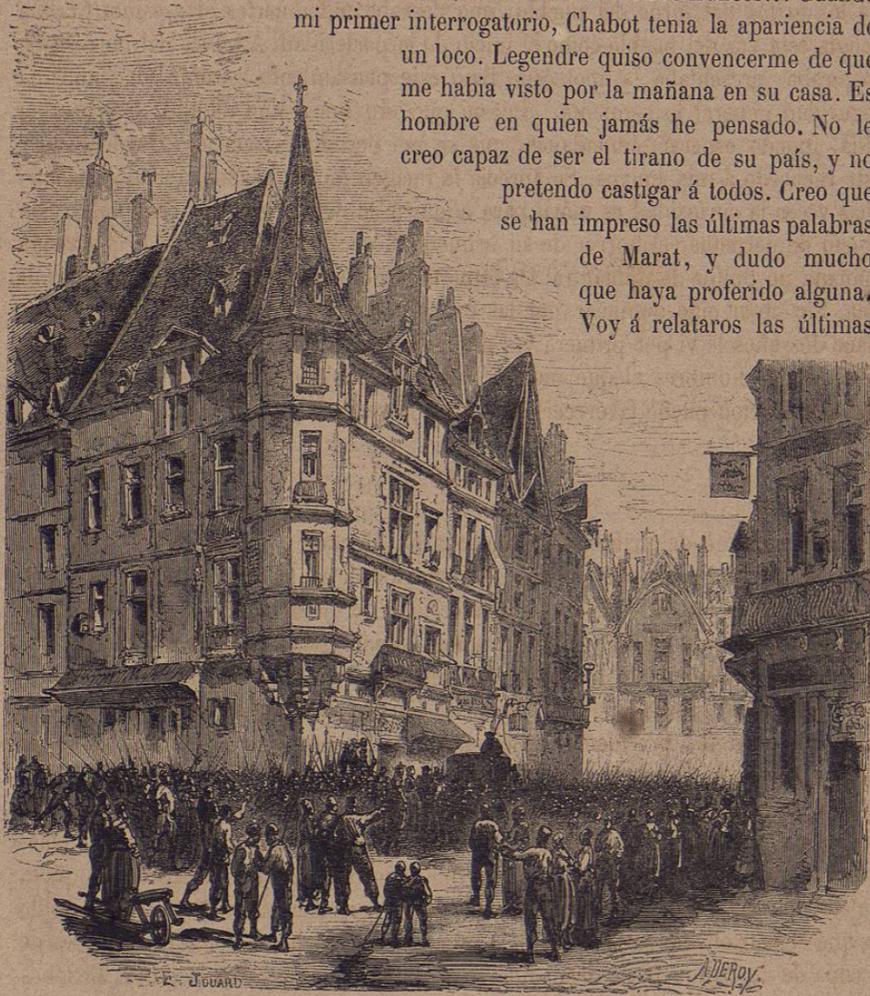
XI

El presidente del tribunal revolucionario, Montané, compareció al siguiente día 16, para interrogar á la acusada. Conmovido de tanta belleza y de tanta juventud, é íntimamente convencido de la sinceridad de un fanatismo que casi borraba el crimen á los ojos de la justicia humana, intentó salvar la vida de la acusada. Preguntaba y tácitamente insinuaba las respuestas, respuestas en las que apareciese el crimen cubierto por la demencia. Carlota rehuyó obstinadamente la piadosa intencion del presidente. La ejecucion de su proyecto la admitió como su gloria. Mandaron trasladarla á la Conserjería, y madama Richard, esposa del alcaide, la recibió con la compasion que inspira la juventud próxima al cadalso.

Merced á la indulgencia de sus carceleros, obtuvo Carlota tinta, papel y soledad, aprovechándose de esto para escribir á Barbaroux una carta interrumpida. En ella delineaba todas las circunstancias de su permanencia en Paris, en un estilo en que el patriotismo se mezclaba á la muerte y la jovialidad, como en las heces de la copa de un banquete de despedida se mezcla lo amargo con lo dulce. Despues de describir de un modo jovial los pormenores de su viaje en compañía de mon-

tañeses, y el repentino amor que le declaró un jóven viajero, continuó: «Ignoraba que el comité de salud pública hubiese interrogado á los viajeros. Desde el momento me afirmé en que no los conocia, para evitarles la molestia de dar explicaciones. En esto seguia á mi oráculo Raynal, que dice que debe negarse la verdad á los tiranos. Por la viajera que vino conmigo han sabido que os conozco y que he visto á Lauze de Perret. No ignoráis la firmeza de alma de éste: ha contestado sin apartarse un ápice de la verdad. Nada se prueba contra él, pero su firmeza es un crimen. Me he arrepentido, pero tarde, de haberle hablado. Quise reparar mi falta aconsejándole que huyese y que se reuniese con sus colegas. No es hombre que se deje dominar... Mucho os sorprenderá cuando sepais que han preso á Fauchet como cómplice, hombre á quien hasta mi existencia le era desconocida. No les satisface poder ofrecer tan sólo una mujer á los manes del grande hombre. ¡Perdonad, hombres! El nombre de Marat deshonra vuestra raza. Era un animal feroz que se aprestaba á devorar la mitad de Francia, ayudado de la guerra civil.

Gracias al cielo, su nacimiento no fué frances... Cuando mi primer interrogatorio, Chabot tenia la apariencia de un loco. Legendre quiso convencerme de que me habia visto por la mañana en su casa. Es hombre en quien jamás he pensado. No le creo capaz de ser el tirano de su país, y no pretendo castigar á todos. Creo que se han impreso las últimas palabras de Marat, y dudo mucho que haya proferido alguna. Voy á relataros las últimas



Prision de Carlota Corday.—Pág. 56.

que ante mí pronunció. Despues de apuntar vuestros nombres y todos los de los administradores del departamento del Calvados que se encuentran en Evreux, me dijo, como para consolarme, que dentro de muy pocos dias los haria guillotinar en Paris. Estas últimas palabras decidieron de su suerte. Declaro que lo que resueltamente me decidió fué el valor con que nuestros voluntarios se alistaron el domingo 7 de Julio. Recordareis que prometí que Petion se arrepentiria de las sospechas que en él despertó mi conducta. Consideré que miles de valientes marchaban para alcanzar la cabeza de un hombre, que pudiera faltarles la realizacion de su plan, ó que este hombre arrastraria en su caída innumerables ciudadanos. Consideré que Marat no merecia tanto honor, y que le bastaba la mano de una mujer. Confieso que he empleado un pérfido artificio para obligarle á recibirme... Mi proyecto era sacrificarle en medio de la Montaña; pero ya no asistia á la Convencion. ¡En Paris no comprenden que una mujer inútil, cuya larga vida no redundaria en provecho de nada, pueda sacrificarse por su país!... Como verdaderamente me dominaba la sangre fria, al salir de casa de Marat, dirigiéndonos á la Abadía, sufrí con los gritos de las mujeres; pero el que salva la patria no conoce el valor de su sacrificio. ¡Cuán vivo es mi deseo para que reine la paz! Ha dos dias que deliciosamente gozo de ella. La felicidad de mi país constituye la mia. Una imaginacion viva y un corazon sensible me prometian una vida muy inquieta; perspectiva que debe alegrar de mi presente suerte á los que me consagren algun recuerdo. Entre los modernos se cuentan muy pocos patriotas que sepan inmolarse por su país. Reina el egoísmo. ¡Pobre pueblo para formar una república!...»

Quedó aquí interrumpida esta carta á causa de la traslacion de la cautiva á la Conserjería, pero la prosiguió en su nueva prision, en estos términos: «Continúo. Ayer me ocurrió la idea de hacer presente de mi retrato al departamento del Calvados. El comité de salud pública no me ha contestado, y ya se hace tarde. Es de reglamento que necesito un defensor. Me he resuelto á que sea un montañés, y aún pienso elegir á Robespierre ó Chabot... Mañana á las ocho me juzgan. Adoptando el lenguaje romano, probablemente al mediodía habré vivido. Ignoro cómo pasaré los últimos momentos: el fin corona la obra. No necesito afectar insensibilidad, porque hasta este momento no abrigo el más leve temor de la muerte. Nunca he apreciado la vida más que por la utilidad que pudiera reportar. Marat no irá al Panteon; creo, sin embargo, que lo merecia... No olvideis el asunto de madama Forbin; adjunta va su direccion á Suiza. Decidle que la amó de corazon. Voy á escribir á mi padre. Nada digo á los demas amigos. Les exijo un pronto olvido: su afliccion deshonraria mi memoria. Decid al general Wimpfen que creo haberle ayudado á ganar más de una batalla, facilitando la paz. Adios, ciudadano. Los encarcelados en la Conserjería, en vez de injuriarme como el pueblo por las calles, aparentan compadecerme. La desgracia despierta la piedad. Esta es mi última reflexion».

XII

La carta á su padre, que fué la postrera, era corta, y el lenguaje rebosaba ternura, en vez de jovialidad como en la carta de Barbaroux. «Perdonadme que dis-

pusiese de mi existencia sin contar con vuestro permiso,—decia.—He vengado muchas víctimas inocentes y he evitado muchos otros desastres. Desengañado un dia el pueblo, se alegrará de lo que he hecho, porque le libré de un tirano. Si intenté persuadiros de que me dirigia á Inglaterra, es porque me esperaba el quedar desconocida. He tocado la imposibilidad. Creo que no os inquietarán; pero de todos modos, en Caen no os faltará quien os apoye. He elegido por mi defensor á Gustavo Douleat de Pontecoulant. Un atentado de esta especie no admite ninguna defensa respecto á la forma. Adios, querido papá. Os suplico que cuanto ántes me olvideis, ó que os alegreis de mi suerte. La causa es hermosa. Abrazad á mi hermana, á quien amo de todo corazon. No olvideis este verso de Corneille:

¡La vergüenza es el crimen, no el cadalso!

Mañana á las ocho me juzgan...»

Esta alusion á un verso de su abuelo, recordando á su padre el orgullo de su nombre y el heroísmo de la sangre, parecia que intentaba colocar su accion bajo la salvaguardia del genio de su familia. Impedia la debilidad de su padre presentándole el cuadro de los sentimientos romanos, aplaudiendo anticipadamente su abnegacion.

XIII

Al dia siguiente á las ocho de la mañana, se presentaron los gendarmes para conducirla al tribunal revolucionario. La sala estaba situada encima de los arcos de la Conserjería. Una sombría escalera, estrecha y fúnebre, que se deslizaba por los huecos de espesas murallas del basamento del palacio de justicia conducia á los acusados al tribunal revolucionario, y por allí volvian de nuevo á su calabozo. Antes de subir, arregló Carlota sus cabellos y vestidos para presentarse decente ante la muerte. Despues dijo sonriendo al alcaide, que asistia á estos preparativos: «Mr. Richard, os encarezco que cuideis de que mi desayuno esté pronto para cuando baje. Es probable que mis jueces tengan prisa. Quiero que en mi última comida me acompañeis vos y vuestra esposa».

Todo Paris sabia desde la víspera la hora del juicio de Carlota Corday. La curiosidad, el horror ó la compasion atrajeron una multitud inmensa á la sala del tribunal revolucionario y las precedentes. Cuando se acercó la acusada, se levantó un sordo murmullo del seno de esta muchedumbre; murmullo que parecia encerrar una maldicion. Pero apenas atravesó el tropel y ostentó su belleza, cuando este murmullo de cólera se cambió por otro de interes y de admiracion. Las fisonomías expresaban horror ó ternura. La suya, exaltada por la solemnidad del momento, coloreada por la emocion, alterada por ser blanco de tanta mirada, ennoblecida por la magnitud de un crimen que ostentaba en su alma y frente como una virtud, finalmente, la majestuosidad y modestia juntas y confundidas en su actitud, prestaban á su persona un encanto que impresionaba todos los ánimos y todas las miradas. Sus mismos jueces parecian ante ella acusados. Creíase la justicia divina ó la Nemesis antigua, sustituyendo la conciencia á las leyes, y que venia á pedir á la justicia humana, no la absolucion, sino que la reconociesen y temblasen.